



**G. K.
CHESTERTON**
EL SECRETO DEL
**PADRE
BROWN**

Habla Flambeau, el más cercano de los amigos del rubicundo sacerdote: «Robé durante veinte años, con estas dos manos, y escapé a la policía con estos dos pies. Espero que juzgará prácticas mis actividades. Espero que opinará que, tanto mis jueces como mis perseguidores, tuvieron que habérselas con verdaderos crímenes. ¿Y cree usted que no conozco su modo de castigarlo y reprenderlo? ¿No he sufrido el juicio de los justos y la mirada fría de los respetables? ¿No he soportado sus enseñanzas, frías y distantes? ¿Y cree que no me han preguntado cómo es posible caer tan bajo, y que no he oído decir que no hay ni una sola persona decente que pueda ni soñar en esas bajezas? ¿Creerá usted que todas esas observaciones no sirvieron para otra cosa sino para hacerme reír? Únicamente cuando mi amigo me explicó la motivación exacta del móvil de mis robos, sólo desde entonces dejé de robar».

El secreto del Padre Brown

Flambeau, que en un tiempo fue el criminal más famoso de Francia y más tarde detective privadísimo en Inglaterra, hacía ya, por el presente, bastante tiempo que se había retirado de ambas profesiones. Personas hay que opinan que la carrera del crimen le había dejado demasiados escrúpulos para la de detective. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que, tras de una vida de escapatorias románticas y de evasiones, dejose caer por fin en un lugar que para algunos parecía encerrar una dirección muy apropiada: en un castillo de España.

Sin embargo, el castillo, aunque macizo, era relativamente pequeño; la viña negra y las tierras verdes del huerto cubrían una extensión considerablemente grande de la falda y ladera oscura de un monte. Flambeau, después de tantas aventuras de violencia, poseía aún aquello que es patrimonio de tantos latinos, y que es fatal, por ejemplo, a tantos americanos: la energía para retirarse. No es infrecuente que un gran propietario de hotel tenga como ambición el convertirse en un pequeño terrateniente en su carrera, en el preciso instante en que podía haberse convertido en millonario detestable comprando una hilera de comercios, para replegarse a los linderos de un hogar y sus dominios.

Flambeau se había enamorado casual y repentinamente de una dama española, con quien casó y de la cual tuvo numerosa descendencia en una de las provincias españolas, sin dar muestra de querer traspasar sus límites, pero cierta mañana su familia le vio inquieto y desasogado; dejó atrás

a los chiquillos y descendió gran parte de la vertiente para ir al encuentro de una persona que se acercaba por el valle, aun cuando dicha persona no fuera más que un punto negro en el horizonte.

El punto negro fue creciendo en tamaño, si bien cambió poco de forma, pues continuó siendo, hablando en términos generales, tan negro como redondo. Las ropas negras de los clérigos no eran desconocidas por aquellos andurriales, pero éstas, sin dejar de ser clericales, tenían a la vez algo de vulgar y desaliñado comparadas con la sotana, y acreditaban al que las usaba como habitante de las islas del noroeste con la misma claridad que si hubiese llevado un cartelito diciendo: *Claphan Junction*^[1]. Llevaba en la mano un paraguas cuya empuñadura parecía una pequeña porra y a la vista de la cual su amigo latino estuvo a punto de derramar lágrimas de emoción, pues aquel paraguas había tomado también parte en muchas aventuras que él y el Padre corrieron juntos en otro tiempo. El visitante no era otro que el amigo del francés, el Padre Brown, que venía a rendirle, por fin, una visita muy deseada y muy aplazada. Se escribían con frecuencia, pero no se habían visto desde hacía varios años.

El Padre Brown se acomodó pronto dentro del círculo familiar, que era lo bastante grande para dar la sensación de compañía o de comodidad. Fue presentado a las tres figuras de madera pintada y dorada de los Reyes Magos, que son los que traen los juguetes a los niños, pues España es un país en el cual las cosas de los niños pesan mucho en todos los hogares.

También le fueron presentados el perro y el gato, y todos los seres animados del corral. Y a su vez lo fue él a un vecino que, como él mismo, había traído al valle el soplo y las maneras de las tierras lejanas.

Ocurrió que durante el transcurso de la tercera de las tardes que el sacerdote pasaba en la casona, vio llegar a ésta a un extranjero que saludó a los dueños de la misma

con saludos que ningún grande de España sería capaz de imitar.

Se trataba de un caballero alto, delgado, de cabello gris y muy elegante. Sus manos, puños y gemelos, tenían un no sé qué de subyugador en su extremada limpieza. Sin embargo, su rostro estirado, nada tenía de aquella languidez que en nuestro país solemos asociar por lo común, en las caricaturas, con la manicura y los puños largos. Antes bien, era agudo y estaba alerta; y los ojos tenían una expresión de inocencia y perspicacia que no suelen andar unidos con mucha frecuencia a los cabellos grises. Esto sólo podía haber servido para determinar la nacionalidad de la persona; como asimismo la pequeña entonación nasal de su refinada voz y el modo como aceptaba incondicionalmente la antigüedad de todo cuanto le rodeaba, de origen europeo. Este personaje era nada menos que el señor Grandison Chace, de Boston, viajero americano que se había detenido a descansar de sus viajes americanos en la propiedad contigua; en una especie de castillo semejante a éste donde se encontraba ahora, situado sobre una colina aproximadamente igual. Disfrutaba con su castillo y consideraba a su vecino como una curiosidad local del mismo tipo que aquél. Flambeau había logrado dar, como ya hemos dicho, la impresión de que había echado raíces al retirarse. Pudiera haber vivido allí durante siglos, creciendo junto a su higuera y su viñedo; había adoptado su nombre familiar de Duroc, pues el otro que usaba de «La Antorcha» no era sino lo que se podía llamar un *nom de guerre*, semejante a aquellos con que otros se encubren para hacer la guerra a la sociedad. Sentía verdadera debilidad por su mujer y su familia, y no se alejaba de la casa sino lo conveniente para cazar un poco, lo cual constituía para el americano la personificación de una respetabilidad sobrada y un moderado bienestar ya que era lo bastante sensato para admirar a la gente del Mediterráneo. A la piedra rodante del Oeste le alegraba descansar durante unos minutos sobre la roca del

Sur que había recogido tanto musgo. El señor Chace había oído hablar del Padre Brown; y, al dirigirse a él, su tono cambió como si se tratara de una celebridad. Surgió en él el instinto del reportaje, cauto, pero alerta. Si es verdad que quiso hacer seguir al Padre Brown como si fuera una muela, no lo es menos que lo hizo sin dolor, como un hábil y mañoso dentista americano.

Hallábanse sentados en la entrada de la casa, que formaba como un patio abierto y a medio techar, de esos que tanto abundan en España. Era ya hacia el atardecer, pero a esa hora en que empieza a refrescar después de la puesta del sol, tenían encendida una pequeña estufa, que asomaba unos ojos relucientes cual los de un enano y dibujaban un arabesco rojo en el suelo; sin embargo, ninguno de los benéficos rayos alcanzaba la pared interior de ladrillo que se elevaba hacia la noche azul. La alta y forzuda silueta de Flambeau, con sus largos bigotes cual dos sables, se reflejaba débilmente, mientras iba de acá para allá, vertiendo vino tinto de un gran barril, que pasaba a sus invitados. A su lado, el sacerdote parecía muy pequeño y encogido, como si se hiciera un ovillo junto a la estufa. El visitante americano, por otra parte, apoyaba elegantemente el codo sobre sus rodillas, y sus facciones, afiladas y bellas, quedaban sobre el ruedo iluminado. Sus ojos brillaban con interés inquisitivo.

—Le aseguro a usted, señor, que consideramos el resultado obtenido por usted en el caso del asesinato del Claro de Luna, como el mayor triunfo de la historia detectivesca.

El Padre Brown murmuró algo que quizá hubiera podido ser tomado por un suspiro.

—Todos estamos familiarizados —continuó el extranjero con firmeza— con los resultados obtenidos por Dupin, Nicolás Carter y otras figuras imaginarias del oficio. Pero todos notamos que hay una diferencia notable entre su método de investigación y el de esos otros pensadores, ya sean

imaginarios o reales. Algunos han llegado a decir, señor, si la diferencia de método no estribaría en la falta de método.

El Padre Brown persistió en su silencio, pegó un pequeño respingo cual si se hubiese amodorrado sobre la estufa, y dijo:

—Perdone. Sí... Ausencia de método... Ausencia de pensamiento: eso es, me temo mucho que así sea.

—Yo diría que lo que falta es un método rigurosamente científico —continuó el investigador—. Edgar Poe nos da a conocer varios pequeños ensayos en forma dialogada, en los cuales refiere el método de Dupin con sus cautivadoras trabazones lógicas. El doctor Watson, por su parte, se vio obligado a aguantar algunas exposiciones muy precisas del método de Holmes, basadas en sus observaciones de índole puramente material. Pero me parece que a nadie le ha sido expuesto su método, Padre Brown, y me dijeron que usted había rehusado dar un curso de conferencias por los Estados Unidos destinados a exponerlo.

—En efecto —repuso el sacerdote frunciendo el entrecejo y mirando a la estufa—, rehusé.

—Su negativa dio pie a algunos temas de conversación interesantes y no faltó quien opinara que su ciencia no podía ser explicada por ser algo más que una ciencia racional. Dicen que su secreto no es para divulgarlo, porque es de carácter oculto.

—¿Por qué? ¿Qué es? —preguntó el Padre Brown—. Pues algo así como esotérico —contestó el otro—. Puedo decirle que la gente se armó un buen lío con el asunto de Gallup, con el de Stein, luego con el del viejo Merton y ahora con el del juez Gwynne y el del doble asesinato cometido por Dalmon, que era bien conocido allá en los Estados Unidos. Y allí estaba usted, metido siempre en medio de todos, explicándoles a todos, cómo se había desarrollado, sin decir nunca cómo había llegado usted a descubrirlo. Hubo quien llegó a imaginarse que usted lo sabía sin mirar, por decirlo así. Y Carlota Brownson dio una tanda de confe-

rencias sobre *Los modos de pensar*, ilustrándolas con esos casos de usted. La *Second Sight Sisterhood* de Indianápolis...

El Padre Brown continuaba mirando a la estufa y dejó escapar en voz alta, pero como si pensara:

—¡Huy! Esto no puede ser.

—Yo no sé cómo podrá evitarse —dijo el señor Chace con humor—. La *Second Sight Sisterhood* es algo de cuidado. El único procedimiento que se me ocurre para obtener éxito es que nos diga su secreto.

El Padre Brown lanzó un pequeño gruñido. Escondió el rostro entre sus manos y permaneció de esta manera sumido en sus pensamientos. Levantó luego la cabeza, y aceptó con voz opaca:

—Muy bien. Tendré que decir el secreto.

Su mirada se posó severa sobre el oscurecido paisaje, que abarcaba desde los ojos chispeantes de la estufa hasta el lienzo de pared antigua por encima de la cual iban dibujándose con precisión creciente las luminosas estrellas del Sur.

—El secreto es —dijo, y se detuvo como si no pudiera continuar. Minutos después recuperó el habla para decir:

—Vea usted: fui yo quien maté a todas esas personas.

—¿Cómo? —interrogó el otro con un hilo de voz en medio de un silencio expectante.

—Verá usted, yo mismo los asesiné —explicó el Padre Brown pacientemente—. De este modo comprenderá el porqué sabía yo cómo se desarrollaron los hechos.

Grandison Chace se irguió con toda su portentosa estatura, semejante a un hombre levantado hasta el techo por algo así como una explosión lenta. Y, mirando a su interlocutor, volvió a repetir su asombrosa respuesta.

—Yo mismo había planeado cada uno de los asesinatos cuidadosamente —prosiguió el Padre Brown—. Me había imaginado con todos los pormenores cómo se podía llegar a semejante cosa y en qué estado mental podría hacerse. Y

cuando estuve completamente seguro de que el asesino había sentido lo que yo, entonces, naturalmente, sabía quién era.

Chace dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Me asustó usted de veras —dijo—. De momento creí que decía en serio lo de que había usted sido el asesino. Y también me lo figuré por espacio de unos segundos, corriendo por los Estados: «Agente santurrón declarado asesino: Los Cien Crímenes del Padre Brown». Comprendo, comprendo, pero si no es más que una manera de hablar y usted quiere decir con ello que intento reconstruir la psicología...

El Padre Brown golpeó impaciente la estufa con la corta pipa que se disponía a llenar. Uno de sus raros gestos de impaciencia se dibujó en su rostro.

—No, no, no —dijo, casi enojado—. No quiero hablar hipotéticamente. En esto es en lo que a menudo se desemboca queriendo hablar de cosas profundas... ¿De qué sirven las palabras? Si se trata de hablar de una verdad, que es sencillamente moral, la gente cree siempre que se trata de una metáfora. Un hombre hecho y derecho, con sus dos piernas y que aún vive, me dijo en cierta ocasión: «Yo no creo en el Espíritu Santo más que en un sentido espiritual». Naturalmente, le contesté: «¿En qué otro sentido podría usted creer en Él?». Y entonces él creyó que yo quise decir que no era necesario que creyera en ninguna otra cosa que no fuera el evolucionismo o amistad ética, o alguna otra parrucha semejante... Yo quise decir, y digo, que me vi a mí mismo cometiendo los asesinatos. No digo que los ejecutara. Pero ahora no se trata de eso. Un ladrillo o cualquier trasto habría servido para perpetrarlos. Lo que yo quiero decir es que pensé y pensé de qué manera podría un hombre llegar a ser así, hasta que me daba cuenta de que yo mismo era de aquella manera, en todo, menos en aceptar el consentimiento formal de la acción. Me lo sugirió una vez un amigo mío como ejercicio religioso. Me parece que él lo

debió sacar del Papa León XIII, por quien siempre sentí una gran debilidad.

—Me temo —observó el americano mirando al Padre Brown con aire de duda y como quien se enfrenta con un animal raro— que tendrá que explicarme usted muchas cosas antes de que llegue a saber de qué me está usted hablando. La ciencia del detective...

El Padre Brown chasqueó sus dedos con la misma expresión de vivo descontento:

—Eso es —dijo—; aquí es, precisamente, donde hemos de empezar a distinguir. La ciencia es una cosa grande. En su sentido verdadero, una de las palabras más grandes del mundo. Pero ¿qué quieren significar con ella esos hombres el noventa por ciento de las veces que la emplean? ¿Cuándo dicen que el detectivismo es una ciencia? ¿Cuándo dicen que la criminología es una ciencia? Ellos se refieren a la que estriba en salirse del hombre y estudiarlo como si fuera un insecto gigante; mantenerlo dentro de lo que ellos dirían una luz fría e imparcial; en lo que yo diría una luz muerta y deshumanizada. Quieren decir llevárselo lejos como si fuera un criminal, como si fuese un animal prehistórico, asombrándose ante la forma de su cráneo de criminal, como si fuera una clase de vegetación inverosímil, semejante al cuerno sobre la nariz de un rinoceronte. Cuando el científico habla de un tipo, no se incluye nunca a sí mismo, sino a su vecino. Probablemente a su vecino más pobre. No niego que algunas veces la luz fría produzca buenos efectos, aunque, en cierto modo, resulta el inverso de la ciencia. Por cuanto que es conocimiento, resulta la supresión de todo aquello que conocemos. Es tratar a un amigo como a un extranjero, y se llega a pretender que una cosa familiar es algo remoto y misterioso. Es como si se dijera que un hombre tiene una proboscis entre los ojos o que cada veinticuatro horas sufre un ataque de insensibilidad. Bueno, pues, eso a lo que usted llama el secreto, es exactamente lo contrario. Yo no intento eludir al hombre. Lo que yo intento es

meterme dentro del asesino... en verdad... ¿No ve usted que esto es mucho más que lo otro? Me meto dentro de un hombre. Siempre estoy dentro de uno, muevo sus brazos y piernas; pero espero y trabajo hasta hallarme dentro de un asesino, pensando sus pensamientos, acunando sus pasiones; hasta que logro vivir en su postura encogida y su odio concentrado; hasta que veo el mundo con sus mismos ojos ensangrentados y entreabiertos asomando por entre las rendijas de su abstracción medio loca, corriendo tras de la perspectiva de un callejón recto que desemboca en un pozo de sangre; hasta llegar a ser un verdadero asesino.

—¡Ahí! —dijo el señor Chace, mirándole con rostro alargado y ceñudo—. ¿Y a eso llama usted un ejercicio religioso?

—Es un ejercicio auténtico al que habría preferido aludir —añadió tras de una pausa—. Pero no podría tolerar que regresase usted a su patria dispuesto a decir a sus compatriotas que yo tenía un secreto mágico relacionado con las *Thought Forms*^[2]. Dígame si podría. No me he sabido expresar muy bien, pero eso es la verdad. No existe un hombre que sea realmente bueno, mientras no sepa cuan malo puede llegar a ser, hasta que no se ha dado cuenta de ello con exactitud, puede hablar desdeñosamente de toda su fanfarronería, palabrería y discusión acerca de los criminales, como si éstos fueran simios de la selva y habitaran a millares de kilómetros; hasta que no se ha desprendido de su autoengaño, hablando acerca de las clases y tipos bajos y cráneos deficientes; hasta que no ha expelido de su alma la última gota de la esencia de los fariseos; y hasta el momento en que no tenga la convicción de que ha capturado a un criminal y lo tiene bien guardado debajo de su propio sombrero.

Flambeau se aproximó a ellos y llenó un gran vaso de vino español, poniéndolo delante de su amigo de la misma manera que había colocado otro delante del extranjero. Entonces habló por primera vez, diciendo:

—Me parece que el Padre Brown tiene una nueva hornada de misterios. Me parece que hablábamos de ello el otro día. Ha tratado a una gente bastante curiosa desde que nos encontramos últimamente.

—Sí, ya conozco las anécdotas más o menos... pero no conozco el modo de aplicar el método —dijo Chace, levantando la copa pensativo—. Me podría usted citar algún caso... me imagino... quiero decir, ¿ha procedido usted con todos esos extravagantes del mismo modo introspectivo?

El Padre Brown también tomó su vaso y el resplandor del fuego hizo que el vino tinto se tornara transparente cual vidrio teñido de color de sangre en el que se representa el martirio de un santo. La llama roja parecía subyugar sus ojos y atraer su mirada, que se hundía más y más en la copa, como si ésta contuviera el rojo mar de la sangre de todos los hombres y como si su alma fuera un buceador hundiéndose siempre en oscura humildad e imaginación invertida, siempre por debajo de sus peores monstruos y entre el barro más corrompido. En esa copa, cual en un espejo rojo, veía él muchas cosas: las hazañas de sus últimos días se movían aún como sombras rojas; los ejemplos que sus compañeros le pedían danzaban ante él con formas simbólicas; y pasaron por delante de él todas las historias que aquí se cuentan. El vino luminoso le parecía una puesta de sol bermeja, sobre un horizonte de playas escarlata por el que pasaban las siluetas oscuras de varios hombres; uno de ellos estaba caído y otro corría hacia él; entonces, la imagen pareció descomponerse en pequeños fragmentos que fueron bien pronto faroles rojos pendiendo de las ramas de un jardín en el que un lago reflejaba sus rayos encarnados; de nuevo pareció que todo aquel brillo se concentrase en una gran rosa de vidrio rojo, joya que iluminaba el mundo cual otro sol poniente dejando, sin embargo, negra y opaca, la figura negra de un hombre cuya cabeza se hallaba cubierta por la tiara de un sacerdote prehistórico. La llama viva volvió a reducirse al bermejo opaco de una barba meci-

da por los vientos de un erial gris. Todas estas cosas, que podrán apreciarse más tarde, desde otros puntos de vista y bajo otros aspectos que el suyo, surgieron en el panorama de su memoria, ante el reto sufrido, y fueron tomando forma en anécdotas y argumentos.

—Sí —dijo, al tiempo que se llevaba lentamente la copa de vino a sus labios—, recuerdo muy bien...

El espejo del magistrado

Jaime Bagshaw y Wifredo Underhill eran viejos amigos y sentían gran placer paseando de noche por las calles, hablando ininterrumpidamente, mientras daban vuelta tras vuelta a las esquinas del silencioso laberinto, sin vida aparente, del gran suburbio por tilos habitado. El primero era un hombre optimista, corpulento y moreno, con una raya negra por bigote y cuya profesión era la de policía-detective; el segundo, cuyo cabello era rubio, era un señor de rostro alargado y sensible, aficionado al detectivismo.

Será con algo así como un sobresalto que los lectores de las mejores novelas científicas se enterarán que era el policía quien hablaba y el aficionado el que respetuosamente escuchaba.

—Nuestra profesión es la única en la que se da por supuesto que el profesional se equivoque. A fin de cuentas no hay nadie que escriba novelas en las que haya peluqueros que no sepan cortar el cabello o que sea el cliente quien haya de ayudarles; o en las que se encuentre un conductor de taxi que no sepa conducirlo hasta que su viajero no le haya explicado la filosofía de la conducción taxista. A pesar de todo, yo no negaría que, frecuentemente, tenemos la tendencia de meternos en una red, o en otras palabras, que gozamos de la desventaja de proceder con un sistema. Allí donde más se equivocan los novelistas es que ni suponen que obremos según una norma.

—De seguro —interpuso Underhill— que Sherlock Holmes diría que él obraba según un método lógico.

—Quizá tenga razón —replicó el otro—, pero yo quise decir un método colectivo. Es como el material de trabajo de una armada. Nosotros procedemos a intercambiar nuestra información.

—¿Y no cree usted que las novelas detectivescas dan esto por supuesto?

—Bueno, mire usted; supongamos por caso, un suceso imaginario de Sherlock Holmes y Lestrade, el detective oficial. Sherlock Holmes, digamos por ejemplo, adivina que un hombre totalmente desconocido es un extranjero porque le parece ver que mira si vienen los coches por la derecha en lugar de la izquierda. Estoy seguro, por otra parte, de que Lestrade no lo adivinaría en absoluto. Pero lo que esos señores olvidan es que, si bien el policía no lo adivina, quizá podía saberlo. Lestrade podía saber que el hombre era un extranjero por el mero hecho de que su departamento ha de vigilar a todos los extranjeros. Algunos añadirían que también a los naturales del país. Yo, como policía, me alegro de que éstos sepan tanto, pues a todo hombre le gusta cumplir bien con su obligación. Pero, como ciudadano, me pregunto a veces si no sabrán demasiado.

—No me dirá formalmente —dijo Underhill, incrédulo— que usted sabe todo lo que se refiere a personas desconocidas que viven en una calle desconocida. De salir un hombre de aquella casa, ¿sabría usted algo de él?

—Lo sabría si se trataba del propietario o inquilino —contestó Bagshaw—. Esa casa está alquilada por un hombre de letras de origen anglorrumano que generalmente vive en París, pero que ahora se halla aquí para llevar a cabo alguna gestión referente a una obra teatral suya. Su nombre es Osric Orm, uno de los nuevos poetas, muy difícil de leer, según tengo entendido.

—No, yo quería decir toda la gente de una calle —dijo su compañero—. Yo mismo estaba pensando en lo muy extraño, nuevo e inapelable que se halla todo: estas altas pa-